

Sobre algunos usos de la descripción “experiencia de intrusos”

Si se me atrofiara el olfato o recibiera un trasplante de corazón, de seguro retendría la creencia de que sigo siendo el mismo. Por el contrario, supongamos que por una lesión del cerebro o a causa de alguna enfermedad degenerativa como el Alzheimer se me borran los recuerdos o, de manera progresiva, disminuye mi posibilidad de vincular unos recuerdos con otros y, en general, con mis demás estados mentales. O, como en varios relatos de ciencia ficción —de ciencia ficción hasta ahora—, descubro que he recibido un trasplante de memoria. Tales acontecimientos, que hacen presente mi vulnerabilidad, ¿no me harían zozobrar? ¿Acaso no estaría perdiendo la capacidad de reconocermé o, tal vez, ya habría dejado de ser yo mismo?

Somos, pues, herederos de herencias naturales pero también sociales porque estamos, al menos en parte, contruidos con memorias. Éstas, en interacción con estados mentales como deseos y emociones, no sólo respaldan descripciones sobre personas, objetos, acontecimientos, procesos, sino que al permitir que recuerde, hacen posible que me reconozca como el agente de mis acciones.

1. Imágenes y puntos de vista

Algunos recuerdos los vivimos como la visita a una casa que quedó atrás, o enfrentado a varios de sus habitantes que mortifican, o abriendo puertas. Imágenes como éstas sugieren direcciones para indagar cómo la primera persona experimenta el pasado, sea desde sí misma, sea anticipando o dejándose interpelar por segundas personas (como cuando se prosigue una conversación con expresiones del tipo “como tú dices”, “como tú señalas”). A menudo también se introducen usos de ese constructo, el “punto de vista de la tercera persona”, con el propósito de dirigir la atención con diversos grados de

imparcialidad. Pero aludí a un plural: a los “usos” de tal constructo. En efecto, podemos apelar a usos reflexivos de ese punto de vista según la capacidad que tenga el agente de abstraer de sus deseos, creencias, emociones..., para observarse y observar el mundo *como si* fuese *cualquier* persona. Sin embargo, también es posible echar mano de usos de ese constructo investigando, por ejemplo, en ciencias naturales. En este caso, se adopta el punto de vista de la tercera persona tal como se actualiza, por ejemplo, en la biología o en la neurofisiología. La lección es general. Quiénes somos remite a un modelo desgarrado entre las descripciones que hacen uso del punto de vista de la primera, de la segunda persona y del uso reflexivo de la tercera, por un lado y, por otro, del uso científico del punto de vista de la tercera persona. Con frecuencia interrelacionamos esas descripciones. Un ejemplo común: cuando enfermamos, además de autocomprendernos a partir de las dolencias, aceptamos la redescipción proveniente de los saberes médicos y en ocasiones corregimos una descripción con la otra.

No obstante, por algún tiempo también es posible ignorar un poco esos desgarramientos y apelar a los puntos de vista de la primera, de la segunda persona y a algunos usos reflexivos del punto de vista de la tercera. Así, en lo que sigue atiendo a usos de la memoria que presupone la fenomenología de esas narraciones con que nos reconocemos como personas libres, pero también a veces, no como los agentes de nuestras acciones.

2. Algunas formas —¿características?— de recordar

Enumero maneras en que se inician, se desarrollan y, a menudo, se consolidan usos de la memoria.

Los usos espontáneos

Recordando y olvidando, una persona *P* se sigue a sí en el pasado con ciertos datos y con fragmentos de narraciones. De manera espontánea o, al menos, en apariencia

espontánea, consciente o no consciente, con memoria declarativa, *P* recoge informaciones impersonales (que Jefferson fue un presidente de Estados Unidos, que Buenos Aires es la capital de Argentina) y acontecimientos esperados y no esperados. O *P* reencuentra escenas que creía haber borrado —como aquel paseo con un amigo cuyo nombre se le ha ido, aunque no las palabras de su reproche—, las cuales, de vez en cuando, lo mortifican. La memoria declarativa trabaja, pues, con memorias de largo y corto plazo. No pocas veces, ambos tipos de recuerdos sobrevienen: visitan escenas que, cuando transcurrieron, se consideraron nimias pero que en el recuerdo se agrandan. En cambio, se escapan compromisos recientes. Por otra parte, ni a largo ni a corto plazo los recuerdos son uniformes. En ocasiones se tiene memoria general, otras veces, episódica. También se dispone de hábitos. Esa memoria ejecutiva no se conforma como fragmentos de narraciones, sino como disposiciones para actuar. Así, con sus destrezas, *P* actualiza habilidades sedimentadas en su cuerpo.¹

Pero ya en este momento de la reflexión reaparece la vulnerabilidad: lo que se vive como usos espontáneos de la memoria no son por completo fiables. Con frecuencia adoptamos herencias sociales padeciendo efectos de malas identificaciones o de malas interpretaciones al percibir, y las retenemos con efectos más o menos perniciosos sobre las acciones individuales o colectivas. Además, fabulamos narraciones que alteran las verdaderas. (Ese narrar en ocasiones toma vida propia, al menos es ésa a veces la experiencia de quien fabula.) Sin embargo, los usos espontáneos o en apariencia

¹ La memoria ejecutiva suele ser más primitiva, aunque más resistente, que la memoria declarativa. En la vejez a veces se continúa tocando el piano —memoria ejecutiva— aunque se haya olvidado la información sobre las piezas que se ejecutan —memoria declarativa—. Pero las habilidades también se desgastan, se pierden. Datos como éste parecen indicar que la palabra "memoria" no hace referencia a una clase natural, ni siquiera a una clase más o menos homogénea. Llamamos "memoria" tanto a la memoria declarativa como a la ejecutiva, a la espontánea como a la voluntaria, a la de corto como a la de largo plazo. Por otra parte, estos usos de la palabra "memoria" también parecen indicar que las actividades a que hacemos referencia con ella tal vez dependan de regiones diferentes del cerebro.

espontáneos de la memoria, fiables y no fiables y sus interrelaciones, aunque acompañan la vigilia y, en alguna medida, la conforman, no son los únicos usos del pasado.

*Los usos individualmente dirigidos (insinuados, sugeridos, inducidos, manipulados...)
de la memoria*

Si *P* pierde un abrigo, tal vez una amiga *Q* le ayude a “hacer memoria”. Operando con coordenadas como aquí, allá, antes, después, con sus preguntas, *Q* es capaz de contribuir a que *P* se mantenga en el ayer. Con su ayuda, *P* rastrea qué hizo, resituándose en tiempos y espacios que vivió y revisa sus pasos: con quién habló y, de los lugares que visitó, en cuáles hacía suficiente calor como para motivar sacarse el abrigo. Con esas astucias, se hace que *P* recorra los sitios en que podría haber perdido su abrigo. Por desgracia, al respecto no faltan las situaciones asfixiantes. Un ejemplo extremo: se tortura a un testigo para que describa algo que no presenció o que vio con distracción, y se le formulan preguntas implacables como: “¿qué diarios leía esa persona?”, “¿cuáles eran sus opiniones sobre el gobierno?”, “¿cuándo la vio por última vez?”, “¿dónde solía encontrarla?” Al responder, con frecuencia las personas se sorprenden de cuánto saben sin sospecharlo y apenas se dan cuenta de si están siendo interrogadas de manera amable o atroz.² No sólo eso. Ante preguntas formuladas de cierta manera se corrigen engañosamente las retenciones genuinas. Así, en un interrogatorio policial, algunos testigos informan haberse topado con señales de tránsito cuando percibieron anuncios comerciales. Hay quienes confiesan haber escuchado salsa cuando oyeron rock. O quienes recuerdan haber tenido miedo de un hombre sucio con algo que se parecía a un arma, cuando se encontraron con un mendigo. Pero las malas identificaciones y confabulaciones que producen narraciones falsas no son únicamente inducidas. También

² La retención de información es más extensa de lo que algunos juicios metacognitivos hacen creer.

surgen del recordar espontáneo, y a la primera persona pueden parecerle tan vívidas y despertarle una convicción tan firme, que resultan subjetivamente indistinguibles de los recuerdos verdaderos. No sorprende, pues, que frente a datos que con firmeza refutan alucinaciones a veces nos aferramos a narraciones falsas. Además, no sólo los recuerdos se encuentran interconectados; los diversos estados mentales también lo están. Con todo, las formas individualmente dirigidas de usar la memoria no agotan las interferencias.

Los usos socialmente dirigidos (insinuados, sugeridos, inducidos, manipulados...) de la memoria

Cada persona se forma (y deforma) con acontecimientos que le toca vivir, pero en ocasiones también se apropia de narraciones verdaderas y falsas de su herencia social. A veces nos convencemos de que recordamos, cuando en realidad imaginamos a partir de narraciones que nos han hecho. Algunos detalles de la infancia son memorias prestadas: se alimentan más de fotos y vídeos que de recuerdos propios. De esta manera se asumen pasados que hasta cierto punto están ahí presentes en algunas formaciones sociales; hasta se incorporan, como fragmentos de la propia biografía, pedazos de las historias oficiales que se aprenden en la escuela, o escenas vistas en el cine y en la televisión. En ciertas circunstancias, algunos de esos materiales no sólo moldean a los otros, sino que los sustituyen. (Los trasplantes de memoria no son pues, por entero, un asunto de ciencia ficción.)

He apuntado:

- que en ocasiones, individual o socialmente, se dirige la memoria de una persona a recuerdos que, sin tal dirección, no habría obtenido, y
- que en las herencias sociales no son raras las mezclas de contenidos verdaderos y falsos.

Detengámonos un momento en algunas consecuencias de estas observaciones.

Formaciones sociales poco confiables

Por poco importantes que sean, los falsos recuerdos al alterar la formación de herencias sociales modifican tanto los hábitos de las personas como los sobrentendidos de una sociedad. Si se tienen en cuenta estas posibles modificaciones, no sorprende que en casi cualquier sociedad exista una gran variedad de estrategias para corregir o distorsionar historias, fantasías, canciones, costumbres, valores, esquemas de apreciación, anuncios, conceptos sobre lo que son y deben ser las personas y las sociedades. Por ejemplo, muchas historias oficiales promovidas por el Estado y transmitidas en textos escolares y en canciones (a veces con el propósito de construir narraciones que convienen al poder en turno), cuando no propagan informaciones falsas, sesgan las descripciones. También se echa mano de tachaduras puntuales. Como práctica común de los Estados se aplican filtros finísimos a lo que se consideran las “historias patrias” omitiendo detalles precisos: un nombre propio, una fecha, un acontecimiento.

Un continuo personal-social de la memoria

De seguro produce ya malhumor la heterogénea acumulación de observaciones entre psicológicas y sociales, y hasta sobre los organismos que somos. Con estas mezclas pretendo acentuar que cuando se usa la expresión “memoria individual” se hace referencia a un continuo natural-personal-social de la memoria. Con la expresión “continuo natural-personal-social de la memoria” intento disolver dicotomías que conducen por mal camino. Se presta atención al hecho de que somos organismos biológicos *pero* en interacción con un ambiente social. Además tenemos pasados complejos que nos hacen animales herederos tanto de legados naturales como sociales. Si se aceptan estas observaciones, ¿qué pasa con nuestra autocomprensión básica: somos personas libres?, ¿qué queda de la pretendida agencia y de la responsabilidad?,

¿qué pasa conmigo y, también con nosotros, si nos narramos con continuos natural-personal-sociales de la memoria en los que la verdad se entremezcla con la falsedad?

3. Sobre estados mentales que se pueden describir como “experiencias de intrusos”

Hay recuerdos que asaltan. Se trata de recuerdos —organizados o caóticos— que la primera persona siente que le obstaculizan desear, creer, sentir, narrarse, actuar de otro modo. Anuncié que llamaré en general a estos tipos de experiencias “experiencias de intrusos”. Estamos, entonces, ante una experiencia de intrusos si

- 1) *P* procura no tener los deseos d_1, d_2, \dots, d_n , ni las creencias c_1, c_2, \dots, c_n , ni las emociones e_1, e_2, \dots, e_n y, así, realizar la acción x .
- 2) Pese a sus esfuerzos, *P* no logra liberarse de d_1, d_2, \dots, d_n , ni de c_1, c_2, \dots, c_n , ni de e_1, e_2, \dots, e_n que influyen a partir de una comunicación unidireccional que avasalla la mente de *P* y le impiden realizar x .
- 3) Esas comunicaciones avasallantes causan en *P* experiencias negativas que van de leves molestias a sufrimientos de gran intensidad.

Algunos de los fenómenos que la expresión “experiencias de intrusos” intenta recoger no han permanecido inexplorados. Por el contrario, se han descrito y hasta explicado profusamente. En muchas tribus y en no pocas religiones para darle sentido a un comportamiento que se considera desviado, con razón explicativa se postuló, aún se postula, que esa persona se encuentra “embruja” o “poseída por un demonio” (que “un demonio externo a ella no la deja actuar de otro modo”). Si nos limitamos a la historia de la psicología, hacia finales del siglo XIX y principios del XX, sobre todo en París y Viena se acumularon estudios sobre lo que se denominó —con saña— “histeria femenina”. Según se anunció, reiteradamente aparecían algo así como intrusos en la mente que interrumpían con dolor el sentir y actuar de las mujeres que padecían tal mal —ese era al menos el testimonio—. En muchas explicaciones de esta “histeria” se

cumplen, pues, las condiciones 1-3 para aplicarles la descripción “experiencia de intrusos”.³

También se usó la palabra “histeria” para hacer referencia a experiencias que la primera persona considera que la asaltan como intrusos y hacen sufrir años después de haberlas vivido, y pese a los esfuerzos por olvidarlas. En efecto, a partir del primer cuarto del siglo XX, narraciones que incluían palabras como “histerias”, “traumas”, “obsesiones” —u otras descripciones que se traducen parcialmente, o se reformulan, con la descripción “experiencias de intrusos”— se recogieron de un escenario opuesto al anterior o, al menos, en apariencia opuesto. Así, después de las dos guerras mundiales, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos se investigaron los intentos infructuosos de muchos soldados por liberarse de sus obsesiones con el fin de reintegrarse a la vida civil. Para explicar esos traumas, se apeló a narraciones de miedo que operan como intrusos cuando ya se han abandonado las circunstancias que desataron esos miedos — como indican las condiciones 1-3 de la descripción “experiencias de intrusos”—. Por ejemplo, un buen número de soldados relataban que, además de haber sido testigos forzados de muertes degradantes de compañeros, de vez en cuando revivían la experiencia. De esta manera, psiquiatras militares tuvieron que resignarse a aceptar que soldados condecorados por su autocontrol, su conducta decidida en las batallas y la lealtad a su batallón, en la vida civil se convertían en “descarriados”: oscilaban entre emociones descontroladas y súbitos rompimientos con la familia y los amigos.⁴ Previsiblemente, se pusieron en duda estas razones explicativas: la credibilidad de

³ No sin desatar controversias, se puso en relación tales fenómenos con experiencias infantiles supuestamente reprimidas de gran daño, como las violaciones sexuales.

⁴ Recientes estudios en antropología militar han defendido que estos modos de actuar no han cambiado en guerras recientes. Al regresar a casa muchos soldados se sienten fuera de lugar; además, quienes los reciben no saben cómo tratar a esos conocidos que se han vuelto desconocidos y a los que se les da la bienvenida, aunque luego no se sepa qué hacer con ellos.

narraciones que sitúan a los “héroes de la patria” cerca de la figura “mujeres histéricas”. (Se sabe: resulta fácil levantar altares. Más arduo es resignarse a derribarlos aunque se haya comprobado que los dioses eran falsos.)

Por otra parte, también se podrían subsumir bajo descripciones de “experiencias de intrusos” narraciones de menor sufrimiento, o en apariencia de menor sufrimiento. En América Latina se ha estudiado que gente en paro —quienes han perdido el trabajo y no pueden obtener otro más o menos a corto plazo...— a veces es incapaz de eludir creencias mortificantes como “nunca podré obtener una ocupación que no sea miserable” o “nunca podré ya trabajar”. (Así, esas creencias cumplen con las condiciones 1-3 de la descripción “experiencias de intrusos”.) Teniendo en cuenta seguimientos narrativos tan diversos, la psicología clínica ha aludido tanto a un síntoma de PTSD (*Post Traumatic Stress Disorder*) como a un síntoma de DESNOS (*Disorder of Extreme Stress Not Otherwise Specified*). De seguro moleta insistir en usar, como parte de las razones explicativas de estos desórdenes, descripciones como “experiencias de intrusos”. Sin embargo, tal vez estos usos de la palabra “intruso” cobren mayor plausibilidad si se atiende a usos comunes.

Varios usos cotidianos de la palabra “intruso”

Todavía recuerdo que hace años, un ruido a medianoche despertó a mi hijo pequeño, que vino a sacudirnos, a su madre y a mí, murmurando “hay un intruso en la casa”. Así:

Intruso es quien se posesiona por la fuerza o con astucia de un sitio, o quien se mezcla de manera inadvertida en un grupo al que no pertenece. En ambos casos se presume que ese posesionarse de un sitio o mezclarse en un grupo se lleva a cabo con la intención de producir daño.

Cuando la palabra “intruso” se usa de este modo se alude, pues, a peligros graduales: una escala de figuras negativas que, según el daño que provocan, va del criminal al entrometido. También se apela a esa escala al usar la descripción “experiencias de intrusos”, como son los casos extremos de la mujer que repetidas veces sufre el ultraje de la misma violación o el del testigo que no deja de presenciar cada noche la agonía de un amigo muerto en un tiroteo callejero. Esa escala es además inestable: experiencias inofensivas o en apariencia inofensivas (decepciones leves, pequeñas humillaciones domésticas) pueden convertirse en experiencias de intrusos.⁵ Estamos, pues, ante situaciones en las que la primera persona —como señala la condición 2— siente que no puede actuar como quiere —olvidar algo o alcanzar una meta o, simplemente (o no tan simplemente), dejar de sufrir—. En tales situaciones, los agentes se sienten bloqueados no sólo en su actuar, también en su desear, creer, emocionarse, imaginar, recordar.

No obstante, apenas se busca una razón explicativa de tales experiencias se topa con algo semejante a una paradoja. Cuando se trata de una persona, los obstáculos que provocan tales “intrusos” los pone la persona misma (alguna formación personal o subpersonal o suprapersonal). Es la persona quien se sabotea para no lograr lo que pretende. En el ámbito de la psicología individual se recurre a varias propuestas para explicar esta paradoja: autoengaño mediante la disociación de la conciencia, conflictos entre deseos conscientes e inconscientes, divergencia entre representaciones de nivel

⁵ Por otra parte, tal vez sea sintomático —¿e iluminador?— que también se apele al concepto de intruso para describir experiencias de daño que, al menos en apariencia, poco tienen que ver con los ejemplos anteriores. En efecto, se usa la expresión “intrusos informáticos” en referencia a archivos que alteran el *software* del equipo poniendo en peligro —de nuevo encontramos una escala gradual de peligros— la seguridad del sistema por adulterar información. Esos intrusos informáticos, como muchos de aquellos otros que se consideran intrusos en una sociedad, en una casa o en una mente, rompen en alguna medida tanto la confidencialidad como la confianza, en este caso, en los materiales almacenados como archivos.

personal y mecanismos subpersonales. También se explica esa paradoja en el nivel social e incluso neurofisiológico, o integrando varios de estos niveles. No discutiré tales explicaciones. Me basta con respaldar la posibilidad de tomar en serio la descripción “experiencias de intrusos”. ¿Qué podemos inferir si lo hacemos?

4. El método de *las preguntas que provocan escándalo*

Escandalizar es una forma de llamar la atención. De ahí que no pocas veces resulte un acicate para reflexionar o deliberar o experimentar con radicalidad. Por eso, si se considera que de vez en cuando conviene revisar procesos de recordar, desear, creer, sentir, imaginar que se han arraigado cuando no deberían, no se dudará de la pertinencia de las dudas escandalosas para formular interrogantes que sacudan. De ahí que si aceptamos describir ciertas experiencias como “experiencias de intrusos”, apoyándonos en el método de *las preguntas que provocan escándalo*, podemos introducir ya los siguientes sobresaltos:

¿Es con esta estofa turbia, esos seguimientos narrativos no pocas veces presa de experiencias de intrusos como asumimos nuestra vulnerabilidad para reconstruimos y reconstruir la sociedad y sus diversos “nosotros”? ¿Con tales integraciones proclives a las peores distorsiones proponemos esas extrañezas: animales que se comprenden como personas libres que colaboran entre sí para construir sociedades libres?

En contra de éstas y preguntas análogas acaso se objete: el método de *las preguntas que provocan escándalo* muchas veces sólo se usa para provocar aceptaciones o rechazos entusiastas pero sesgados e incluso enceguecidos; de esa manera se multiplican los enredos con base en exageraciones. Por ejemplo, se suele rodear a dos o tres afirmaciones con un aire de falso misterio que turba; así, creemos

estar frente a abismos cuando apenas barajamos confusiones. ¿Vale la pena correr esos riesgos? A responder ayuda la vía negativa. Respecto de los mecanismos —a menudo sub- y suprapersonales— para integrar personas y sociedades, consideremos un momento adónde conduce trabajar sólo a expensas de preguntas que *no* provocan escándalos. De ese modo se postulan personas homogéneas y, lo que es peor, sociedades sin la menor incertidumbre sobre su construcción y sus secuencias de poder. Hasta tiente restringir o tachar la vulnerabilidad de tales personas y sociedades y, así, solapar sus autoengaños. No obstante, tal vez se aduzca: si importa trabajar con este método, convendría apoyar *las preguntas que provocan escándalo* no sólo con ejemplos más o menos patológicos (“histerias”, “obsesiones”, “creencias mortificantes”).

5. Intrusos ruidosos y silenciosos

Se han enumerado como integrantes de experiencias de intrusos creencias sobre el pasado o el presente, espontáneas o inducidas individual o socialmente, verdaderas y falsas. Además, se hizo referencia a fenómenos tan cotidianos como las malas identificaciones o las malas interpretaciones que hacemos al percibir. Por eso no se ha dejado de repetir que procesos habituales de formación de creencias, deseos, emociones, modos de imaginar o fantasear suelen llevarse a cabo de manera tal que ocasionan que, por ejemplo, algunas creencias resulten poco fiables o falsas. Sin embargo, cuando se aplican las condiciones 1-3 de la descripción “experiencia de intrusos”, quienes viven tales experiencias, aunque las malinterpreten, sufren. (Son gente a quien se describe, y que no pocas veces como consecuencia también se autocomprende, como “mujeres histéricas”, “soldados descarriados”, “gente en paro”, pero también numerosas personas en diversas circunstancias de sus vidas⁶.) Calificaré estas experiencias de “experiencias

⁶ A las herencias naturales y sus clases (el oxígeno, el agua, las bacterias...) las recogemos a partir del uso científico del punto de vista de la tercera persona. No obstante, se observó: el modelo de quienes somos

de intrusos ruidosos”. En el otro extremo del continuo, encontramos experiencias en cualquier herencia social en las que los agentes semiatenden a factores que los llevan a desear, creer, emocionarse, imaginar, fantasear, apreciar de manera sesgada. Tales experiencias se pueden calificar de “experiencias de intrusos silenciosos”. De ahí que en este caso, para aplicar la descripción “experiencias de intrusos”, debamos modificar las condiciones 1-3 y proponer las siguientes:

1’) Sin darse cuenta, *P* es influido por una comunicación unidireccional a formar los deseos d_1, d_2, \dots, d_n , las creencias c_1, c_2, \dots, c_n y las emociones e_1, e_2, \dots, e_n y realiza la acción x .

2’) *P* ignora que, de haber sabido el origen de d_1, d_2, \dots, d_n , de c_1, c_2, \dots, c_n y de e_1, e_2, \dots, e_n , tal vez ni habría tenido tales deseos, creencias, emociones, imaginaciones, ni habría procurado realizar la acción x .

Entre los candidatos a intrusos silenciosos, interesa destacar productos tanto de mecanismos de reducción —de la información y de las orientaciones prácticas— como de integración de los materiales reducidos. Ambos tipos de mecanismos suelen operar de modo subpersonal y suprapersonal y, a la vez, personal. En principio esos mecanismos resultan de gran utilidad, pero también introducen experiencias de intrusos

se encuentra desgarrado entre descripciones científicas y autodescripciones y descripciones que hacemos a partir de los puntos de vista de la primera, la segunda y el uso reflexivo de la tercera persona y sus modos de anunciar y de anunciarse. ¿Con qué consecuencias? Por ejemplo, las posibilidades de actuar de una persona *P* se encuentran en parte en función de sus autodescripciones, que a su vez en algún sentido dependen de cómo describen a *P* quienes la reconocen y desconocen. Pero no sólo eso. Cualquiera de esas autodescripciones y descripciones, conjuntamente con sus modos de anunciar y de anunciarse, depende también de los repertorios de descripciones presentes tanto en la herencia social como en las interrelaciones sociales en que *P* vive. De ahí que descubrir o inventar nuevas autodescripciones y descripciones ofrece nuevas posibilidades de autocomprenderse, anunciarse y actuar: nuevas posibilidades de vivir.

sin que siquiera lo sospechemos. He aquí varios ejemplos de productos de tales mecanismos.

Esquemas de apreciación

Con frecuencia se reducen matices, ambivalencias y, en general, dudas y zozobras, y esas reducciones se integran en esquemas; pero no se sabe claramente de tales esquemas porque forman parte de herencias sociales. De manera positiva, esos esquemas permiten evaluar de inmediato una situación; negativamente con ellos también se describen personas, acontecimientos y procesos no considerando sus propiedades más específicas, sino sólo las propiedades del esquema en que convencionalmente se hace la subsunción.⁷

Juicios con faltas de atención que se dejan guiar por materiales precalificados

Al usar ciertos esquemas de apreciación, registramos lo que sucede con juicios rápidos. En muchas situaciones esos juicios resultan operadores imprescindibles de reducción de la información, de los detalles y matices que no importan, por ejemplo, para actuar. Ahora bien, entre otros peligros, las integraciones que implican tales juicios conducen a sobrestimar el grado de confianza en las informaciones de la memoria y de las percepciones cuando se atiende a ellos parcialmente. Esos aspectos semiatendidos, o ya fuera del campo de la atención, sólo son capaces de respaldar creencias sesgadas y *no* los juicios que con demasiada confianza solemos hacer. Se conoce: en una percepción visual o auditiva se tiende a suponer que se cuenta con información visual o auditiva

⁷ Con frecuencia se decide bajo la influencia de esquemas de apreciación nacional, sexual, racial, religiosa, política; sin embargo, si se pregunta de manera explícita, grupos numerosos de personas que toman tales decisiones en ocasiones consideran que las creencias presupuestas son falsas. Las decisiones se han tomado, pues, con base en creencias que, de hacerse explícitas, esos agentes rechazarían.

más rica respecto del campo que rodea al foco de la atención de la que efectivamente se tiene.⁸ Además, la atención no suele vagar sin rumbo; a menudo se guía por anuncios.

Modos de anunciar y de anunciarse

Con frecuencia nos anunciamos y se nos anuncia: damos señales acerca de nosotros mismos, de otras personas, de objetos, de acontecimientos en general, de procesos del mundo natural y social.⁹ Por desgracia, las redes de anuncios no sólo funcionan como mecanismos de reducción de informaciones desechables. Muchas de sus integraciones también generan vértigos simplificadores o algo peor; por ejemplo, un *modus operandi* consiste en la emisión eficaz de no pocos anuncios (políticos, morales, religiosos, comerciales) de comunicaciones avasallantes. Encontramos esa propiedad “avasallantes” en la segunda condición de la descripción “experiencias de intrusos ruidosos”, así como en la primera condición de la descripción “experiencias de intrusos silenciosos”. ¿Producen, pues, las redes de anuncios de todo tipo, incluidos los modos como se anuncian las personas, experiencias de intrusos? Atendamos a un ejemplo conocido de anuncios: los comerciales. En ocasiones, cuando se explica su funcionamiento se da cuenta de su fuerza persuasiva indicando:

Los agentes obtienen, de los anuncios comerciales, la información pertinente acerca de los medios para satisfacer sus necesidades y, así, alcanzar sus fines.

⁸ Para suplir esas faltas de atención, sin tomar conciencia de ello solemos dejarnos guiar por la presencia, por ejemplo, de colores y formas. Según las herencias sociales, algunos colores y formas se asocian con lugares seguros para vivir y tienden a formar emociones placenteras. En cambio, con otros colores y formas se asocian peligros y, así, se provoca miedo. También es conocida la preevaluación altamente positiva que ocasiona la presencia de números u otros tipos de cuantificación.

⁹ Esos anuncios orientan los deseos, las creencias, las emociones y, así, la acción. Se conoce: a cada paso se patrocinan intereses más o menos personales o de grupo o incluso generales y, al mismo tiempo, se prearticula el entorno con anuncios morales, religiosos, políticos, comerciales, que a menudo se arraigan como sobrentendidos. (En muchas sociedades también se anuncian y hasta se publicitan alternativas a los sobrentendidos vigentes.)

A partir de esa premisa explícita se suele con tranquilidad inferir:

Por lo tanto, los agentes necesitan los anuncios para satisfacer sus necesidades y lograr sus fines.

Por supuesto, para llegar a esa conclusión se necesita una premisa implícita discutible:

Los agentes habitualmente conocen sus necesidades y, por ende, los fines que procuran.

Si se considera el autointerés económico del consumidor de bienes o servicios como motivación, la premisa explícita tiende a reconstruirse como información para que los agentes calculen su mayor utilidad al menor costo. Pero si se subsumen algunas experiencias de las redes de anuncios bajo la descripción “experiencias de intrusos”, tal vez se observe: en muchos anuncios más que invitar a formar creencias con presunción de verdad, se ponen en marcha mecanismos subpersonales y suprapersonales a fin de formar creencias convenientes para quien anuncia.¹⁰ Por otra parte, en contra de la premisa implícita hay que observar: los modos de anunciar y de anunciarse son parte de procesos de socialización, y la mayoría de las necesidades de los agentes no están ya articuladas antes de ese proceso. De ahí que, más que sólo informar para satisfacer necesidades preexistentes, los anuncios comerciales las sugieren o las crean. Algo análogo puede afirmarse del resto de los anuncios.

Así, teniendo en cuenta la ubicuidad de los modos de anunciar de todo tipo — incluyendo el anunciarse de las personas en las interacciones cotidianas—, tal vez se

¹⁰ Por ejemplo, con varios mecanismos se actualizan esquemas sobrentendidos de apreciación que operan con el repertorio de modos de desear, creer, sentir, recordar y, sobre todo, fantasear, socialmente vigentes. De esta manera, se explica la actuación de los animales humanos no tanto como resultado de cálculos, sino básicamente como imitativa. Se actúa según “lo que tiene prestigio en el momento” y por lo que se considera que corresponde “a la posición social que se ocupa o se quisiera ocupar”.

concluya: a menudo las y los agentes no son conscientes de por qué favorecen algunos deseos, forman determinadas creencias y tienden a emocionarse y a actuar de cierta manera. Sin embargo, junto a los intrusos anotados, ruidosos o silenciosos pero materiales, no es raro toparse con un tipo de intrusos aún más difíciles de detectar.

Intrusos formales

Como “experiencias de intrusos formales” consideremos aquellas que distorsionan las inferencias. Por ejemplo:

- Solemos inferir con torpeza, dejándonos llevar por mecanismos y estructuras falaces cuando inferimos demasiado rápido o nos enojamos. (A veces nos proponemos usar el *modus ponens* y sólo formulamos la falacia de la afirmación del consecuente.)
- Con frecuencia, al inferir importan más los deseos e intereses que las evidencias.
- Aunque al inferir se tengan en cuenta evidencias pertinentes, mecanismos sub- y suprapersonales hacen que no se las recoja como datos en contra de las conclusiones que se tiene interés en apoyar o que se las interprete mal para apoyar esas conclusiones.

Parece fácil, entonces, multiplicar las experiencias de intrusos para respaldar *preguntas que provocan escándalo* respecto de la construcción fraudulenta de personas y sociedades.¹¹ Además, para reafirmar ese respaldo es posible agregar otra paradoja o algo similar: las experiencias que se dejan describir como “experiencias de intrusos

¹¹ Muchos agentes forman sus creencias, deseos y emociones movidos tal vez por factores que no sólo escapan a su control, sino incluso a su semiatención. Por consiguiente, a menudo no se tiene la menor sospecha de que podría haber problemas con la formación de creencias, deseos, emociones. De ahí que, si obligados por preguntas críticas —por preguntas de comprensión, de verdad y de valor— los agentes se ponen a reflexionar, tal vez declaren que formaron sus creencias, deseos y emociones tanto a partir de percepciones o testimonios no confiables, como de inferencias tampoco confiables.

silenciosos”, por su carencia de síntomas y su frecuencia, apoyan de manera aún más rotunda que los intrusos ruidosos *las preguntas que provocan escándalo*. Por eso se insistirá: esos animales que se comprenden como personas libres pero que a menudo actúan dependientes de experiencias de intrusos, ¿no se convierten ellos mismos en productos de tales experiencias? ¿No se afianza esa sospecha cuando las personas se anuncian con esos esquemas unilaterales de presentación que, en la vida cotidiana, se recogen en la expresión “asumir personajes”?

Personajes

Imaginemos que voy a quejarme a un banco, o a un juzgado, o a la policía, o a una tienda, o a una agencia de viajes. Después de un rato de discutir en vano, tal vez sin ahorrarme gritos, me atrevo a proponer:

—De seguro usted cree que yo soy un “profesional de las quejas” y tal vez yo crea que usted es un “profesional de las reglas”. Sin embargo, para dar alguna solución al problema que enfrentamos, ¿no podríamos por un momento hacer a un lado a tales personajes molestos y conversar con seriedad usted y yo?

En situaciones como éstas, si se aspira a superar una de las tantas conversaciones que no acaban de comenzar, resulta inevitable cambiar los modos de anunciarse puesto que éstos conducen a bloqueos de la comunicación. En este caso, la invitación es a desentenderse de personajes: ese conjunto de roles vertiginosamente simplificados de desear, creer..., así como de esquemas sobrentendidos de apreciación que generan experiencias de intrusos y, a menudo, son producto de ellas. Por consiguiente, cuando se usa en este sentido la palabra “personaje” —fuera de ficciones como en una novela o en el cine—, se hace referencia a un tipo extremadamente consolidado de rol, resultado de mecanismos de reducción e integración, cuya función consiste en anunciarse de manera

rígida a los demás y, tarde o temprano a sí.¹² (En el ejemplo, los personajes se describen con ironía como “profesionales”: alguna actividad —digamos, quejarse o invocar reglas— se les ha vuelto un hábito.¹³) Sin embargo, ¿debemos continuar aceptando la fenomenología de la experiencia que he venido desarrollando? ¿Acaso no urge explorar ya la posibilidad de proponer resistencias a *las preguntas que provocan escándalo* acerca de la construcción fraudulenta de personas y sociedades y a los apoyos a tal pregunta: describir algunas experiencias como “experiencias de intrusos”?

6. Restricciones, objeciones, estrategias

No sin razones, en contra de la descripción “experiencias de intrusos”, un oponente tal vez dude ya sea de algunos de sus usos, ya sea de todos ellos. He aquí varios ejemplos.

Primera objeción o, más bien, usos restringidos de tal descripción

Tal vez se acepte la descripción “experiencia de intrusos” como de “intrusos ruidosos” (histerias, traumas, obsesiones, creencias mortificantes). Sin embargo, se niega su uso más general, por ejemplo, cuando se trata de descripciones sesgadas o de inferencias falaces. Además, se defenderá que incluso cuando enfrentamos sufrimientos y bloqueos de la acción, podemos resistirlos: u *objeción en contra de usar la descripción*

¹² En conversaciones que no acaban de comenzar como éstas, quienes debiesen ser interlocutores de una discusión parecen convertirse en actrices o actores que —¿empujados por experiencias de intrusos?— repiten el mismo parlamento aunque ya se encuentren en otra escena, y hasta en otra obra. De ahí que se lamenta tanto el “poder usurpador de los personajes”. Por otra parte, hay situaciones en las que cuesta, no sólo en términos de esfuerzo intelectual y afectivo, sino también de prestigio, como se dice, “bajarse del personaje”.

¹³ Dadas las circunstancias apropiadas se actualiza un personaje o, al menos, algunos de sus rasgos y es tan excepcional e inesperado ese comportamiento que sorprende y hasta desconcierta a la persona que actúa de ese modo. “Pero si es raro que yo me queje” a veces se indica no sin verdad. Lamentablemente, abunda la gente que de modo mecánico se queja o invoca reglas. Por supuesto, hay herencias sociales y hasta mayorías dentro de una sociedad que, frente a un tipo de dificultades, con facilidad se vuelven hospitalarias con ciertos personajes.

“experiencias de intrusos” más allá de la patología y, sobre todo, como equivalente de “experiencias de intrusos irresistibles”.

Segunda objeción

Con mayor radicalidad es posible que un oponente ponga en duda la posibilidad de predicar la descripción “experiencia de intrusos” si no se presupone que un yo —una mente...— es algo así como una caverna sin salida y, a la vez, que tales pretendidos intrusos son ajenos a la persona: no forman parte de los dobleces de su carácter y de su historia. Así, equivocadamente se considera que estamos ante la intrusión de “algo externo” que viene de “afuera hacia adentro”: u *objeción en contra de las mentes reconstruidas como “mundos interiores cerrados”.*

Tercera objeción

Se prosigue con la objeción anterior, negando aún más la inteligibilidad de predicar la descripción “experiencias de intrusos” a las sociedades. Se razona que sólo se podría realizar tal predicación si se presupone que las sociedades son también algo así cavernas sin salida hechas de cavernas sin salida: u *objeción en contra de las sociedades reconstruidas como “mundos exteriores cerrados”* (valga el oxímoron).

Ansiedades tercas: ¿habitamos en mundos de sombras?

Dificultades como las que introduce el uso de la descripción “experiencias de intrusos” —sobre todo su uso como “experiencias de intrusos irresistibles”— no sólo producen con razón dudas metodológicas, sino ansiedad. Zozobras diferentes, aunque de la misma familia, o de familias análogas, a menudo reaparecen en debates de diversas herencias sociales. Desde la más remota Antigüedad se ha sospechado, o temido, que la realidad es inescrutable. De resultar verdadera esa sospecha, las redes de anuncios y de narraciones por las que se orientan las personas y las sociedades no sólo se encuentran sesgadas: engañan. Se tendrían que abandonar —pero, ¿cómo?— esas cavernas llenas de

señuelos y emboscadas para, a partir de evidencias y razonamientos confiables, orientarse genuinamente en las realidades de la naturaleza y de los procesos sociales. O tal vez se indique: tenemos, aquí y allá, informaciones de esas realidades, aunque cada vez que, razonando, procuramos vincularlas y acceder a algo más que a saberes puntuales, algo maligno tima.

Por otro lado, en los tiempos modernos, a partir de un naturalismo reduccionista, se desecha la propuesta de asumirnos a partir de un concepto desgarrado entre autocomprendernos como personas libres y descripciones científicas como “organismo de cierta especie de animales”. Se puntualiza: somos ese organismo que se rige por relaciones causales que operan de acuerdo con leyes de la naturaleza. Son causas y no razones normativas las que nos mueven. La clase de las razones normativas es una clase vacía. Sólo hay razones explicativas acerca de causas internas o externas al organismo. La autocomprensión “personas libres” sólo se construye con conceptos-máscaras: fantasías consoladoras que inventan animales menesterosos para encubrir sus carencias.

O con la imaginación echada a volar —pero también con numerosas razones— tampoco han dejado de perturbar ansiedades análogamente naturalistas, pero naturalistas de segunda naturaleza: temores sociales. Tal vez se sospeche que para defender sus intereses —económicos, políticos, religiosos— grupos minoritarios no dejan de conspirar y producen mundos de sombras: esquemas sesgados de apreciación, anuncios desorientadores, narraciones falsamente edificantes, personajes pretendidamente ejemplares. Estos mundos, acaso también inevitables, esconden todo vestigio de realidad. A lo largo del tiempo estas conjeturas, aunque en principio en extremo diferentes, se han combinado de varias maneras; inesperadamente en ocasiones se han reforzado las unas a las otras. ¿Qué podemos aducir? La respuesta es el tema de otro ensayo.